

Contexto histórico: visión desde Europa

Salvador Bernabéu Albert (bernabeu@eehaa.csic.es)
Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC

1 Siguiendo el ejemplo de otras naciones europeas y americanas, los españoles ingresaron en la «era de las conmemoraciones» hacia el último cuarto del siglo XIX, en cuya aparición destacaron dos fenómenos simultáneos. El primero sería la construcción de la memoria colectiva por los políticos del Estado-nación, privilegiando ciertos acontecimientos, personajes o sucesos históricos, con su cortejo de mitos y ritos. El segundo, la corriente o escuela positivista, inspirada en las obras del francés Auguste Comte y del británico John Stuart Mill, partidarios de que el único conocimiento auténtico era el científico. Confiados en llegar a conocer las leyes de la naturaleza y en situar a la sociedad en la senda del progreso, los positivistas patrocinaron congresos, exposiciones y un calendario anual que, a imagen del católico, honraba y diese a conocer a los bienhechores de la humanidad y recordase los momentos decisivos en su evolución. Pero si el pensador Tzveran Todorov ha denunciado sus abusos, el historiador Pierre Nora, tras coordinar un extraordinario proyecto sobre «los lugares de la memoria», ha destacado el poder de la «obsesión conmemorativa»

que, desde mediados de la centuria decimonónica y hasta la actualidad, se ha apoderado tanto de países, como de colectivos de toda índole, grupos de diversa ideología e incluso de sociedades y prácticas en decadencia, que utilizan los centenarios, bicentenarios, etcétera, para renacer y hacerse visibles en un mundo global e interconectado (Nora, 1997).

Las conmemoraciones centenarias se iniciaron en España en 1876 con la dedicada al padre Feijoo. Sin duda, un buen principio por ser uno de los pensadores más punzantes y brillantes de la historia de España. Le seguirían los centenarios de Calderón, Murillo, santa Teresa, Saavedra Fajardo, san Juan de la Cruz y Álvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz. Una nómina de personajes históricos que nos revelan el modelo de «pasado» que los hombres de la Restauración, principalmente el liberal Práxedes Mateo Sagasta (1825-1903) y el conservador Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897), patrocinaban en una España rural y caciquil, pero también urbana, industrial y mercantil, que hacía esfuerzos por dejar atrás su decadencia y su aislamiento

internacional¹. Los centenarios, con su estela de reediciones, ceremonias públicas e inauguración de monumentos, cumplieron lo que esperaban sus impulsores: fueron didácticos (aumentaron los lectores y admiradores), recuperaron la memoria (aunque sesgada y acomodaticia) y salvaron de la piqueta varios edificios, especialmente los relacionados con el nacimiento, la trayectoria vital y la muerte del conmemorado, aunque también fomentaron la crítica histórica y desterraron la «historia de bronce» (Peiró, 1995: 153 y ss.).

Es entonces cuando aparece en el horizonte el año 1892 y desde diversos colectivos, asociaciones, grupos culturales, periódicos, etcétera, apremian a los políticos para no desaprovechar la ocasión del IV Centenario del Descubrimiento de América con el principal propósito de impulsar las relaciones internacionales, patrocinar eventos de impacto universal y consolidar la Monarquía y el sistema político de la Restauración². En España, el IV Centenario coincidió con un proceso de elaboración de la memoria colectiva que subrayó ciertas épocas y sucesos claves, privilegiando el reinado de los Reyes Católicos, reverenciados como fundadores de la nación española (Álvarez, 2001). Además, si la memoria era considerada como la fuente de toda identidad, se va a «construir» la española como cabeza y madre de una comunidad de naciones hispánicas en torno a tres ejes: la lengua, la religión y el glorioso pasado imperial. La España de 1892 se vuelca con el Centenario no sólo como un ejercicio erudito y de rescate del ayer, sino como una viga maestra en la construcción de la identidad nacional y una apuesta por la superación del aislamiento y el ostracismo internacional (Marcilhacy, 2010).

Sin embargo, los proyectos y las conmemoraciones realizadas en el mítico año no partieron de cero, como tantos otros procesos históricos, sino que continuaron con una silenciosa labor de restablecimiento de los vínculos con las naciones americanas, como la protagonizada por Segismundo Moret (1838-1913), quien, en su intento de sacar a España del aislamiento y la indiferencia hacia lo exterior, impulsó la consolidación de los lazos hispanoamericanos. Según el conde de Romanones, antes que ningún otro, él se dio cuenta de todo lo que significaba América Latina para España. La preferencia «afectuosa» por los países de herencia hispana se convirtió en la línea de conducta más recomendada desde 1886. El político gaditano creía en el establecimiento de lazos comerciales, en la fijación de normas comunes de actuación, pero también en el aumento del «prestigio» de nuestro país en las distintas repúblicas con el fin de cerrar heridas y abrir una nueva época de colaboración. Según Moret, no se podía influir en la política y la cultura de las antiguas colonias españolas sin que su metrópoli alcanzase aquel grado de prestigio y de respeto que fomenta las simpatías. Fruto de esta «política de prestigio» fueron: primero, la creación del Museo y Biblioteca de Ultramar en 1888, institución gubernamental fundada a partir de las colecciones adquiridas para la «Exposición General de Filipinas» de 1887 y la colección de libros coloniales de Pascual de Gayangos³; segundo, el papel de España de árbitro en las cuestiones de límites, como en el litigio entre Venezuela y Colombia, cuyo laudo se dictó en 1891; y tercero, la defensa de intereses hispanoamericanos ante

1 Para un análisis del sistema de la Restauración, véase TUSELL Y PORTERO (1998).

2 Para estudiar el IV Centenario remito a mi libro (BERNABÉU, 1987). Posteriormente aparecieron ABAD (1989) y SÁNCHEZ (1991). El primero dedicado a los actos de Sevilla y el segundo a los festejos extremeños.

3 Este Museo tuvo un antecedente en el Museo Ultramarino, creado en 1874 (RODRIGO, 2013: 182).

terceros, como en el conflicto entre Colombia e Italia, o la defensa de un súbdito argentino en Tánger.

Las acciones oficiales fueron apoyadas, e incluso precedidas, por otros sectores de la burguesía. En el Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil, celebrado en Madrid entre el 4 y el 12 de noviembre de 1883, se discutieron los medios para fomentar las relaciones con Hispanoamérica, conjuntamente con la petición de reformas para las Antillas y la elaboración de un plan de acción colonizadora de España en África y Asia. Los congresistas también reclamaron la redacción de tratados comerciales con el fin de abrir mercados a la producción antillana y peninsular, de suministrar abundantes fletes a nuestra marina mercante y, en general, de estrechar los lazos que unían a la nación española con aquellos «pueblos hermanos». Este deseo de colaboración y unidad está detrás de la fundación de la Unión Iberoamericana en 1885, que contó con filiales en México, Quito, Río de Janeiro, Montevideo, Caracas, etcétera, a partir del año siguiente. Cancio Villamil como presidente y Jesús Pando del Valle como secretario fueron los principales animadores de esta sociedad, detrás de la cual corrían intereses económicos y comerciales, como lo demuestra el hecho de que su mayor patrocinador y mecenas fuese Antonio López y López, primer marqués de Comillas, propietario de la Compañía Trasatlántica Española y la Compañía General de Tabacos de Filipinas (Sepúlveda, 1988).

Como han señalado varios historiadores, las relaciones culturales ocuparon un lugar primordial a lo largo del siglo XIX, impidiendo que se consumara la ruptura entre España e Hispanoamérica tras las guerras de independencia. A la labor de novelistas, poetas, críticos, filósofos, historiadores, abogados y periodistas, se sumó el quehacer de las Reales Academias

de la Lengua, establecidas a lo largo y ancho del continente a partir de 1871, año en el que se fundó la primera en Colombia. En la década de los ochenta, se crearon cuatro nuevas: la venezolana (1883), la chilena (1885), la peruana (1887) y la guatemalteca (1887). Además, aumentaron los miembros correspondientes de la española hasta en ciento treinta y cuatro personas. Y en cuanto a los medios periodísticos, hay que destacar el aumento del interés por América, que se tradujo en la aparición de revistas americanistas como *La América* (1857-1874; 1879-1886) o *La Unión Iberoamericana* (1886-1926), además de secciones permanentes, como es el caso de *La España Moderna*, que contó con una *Revista Ultramarina* a partir de junio de 1889, dirigida por el poeta y bibliófilo Vicente Barrantes y Moreno. Un espacio considerable de estas secciones estuvo dedicado a publicar reseñas y ensayos sobre las obras contemporáneas de poetas y novelistas iberoamericanos, contribuyendo a difundir la literatura del Nuevo Mundo en España y el resto de Europa. En esta labor destacaron tres escritores excepcionales: Juan Valera, Leopoldo Alas «Clarín» y Marcelino Menéndez y Pelayo (Sepúlveda, 2005).

Por último, otra cuestión coyuntural también ayudaría a fomentar las relaciones entre España y sus antiguos territorios ultramarinos: el imperialismo norteamericano. Los intentos de consolidar una tutela panamericana, dirigida y controlada por los Estados Unidos, despertó numerosos recelos en la América al sur del río Bravo. Los países de herencia latina buscaron unirse para frenar la amenaza que suponía el poderío yanqui. Surgieron así numerosas voces que pidieron revisar y potenciar los lazos culturales, religiosos, de tradiciones entre ambos lados del Atlántico y extenderlos a la política y a la economía. Esta familia panamericana ofrecía muchas ventajas para España, pues tenía el atractivo de unir

en un mismo programa a los liberales y a los conservadores: era conservador en la medida en que reivindicaba un pasado glorioso y rechazaba la leyenda negra, y era liberal porque proyectaba ese legado hacia el futuro y buscaba una regeneración de España en una comunidad atlántica, en la que nuestro país recobraría sus potencialidades y abriría renovadas perspectivas para los intelectuales, los comerciantes, los industriales y la emigración (Rama, 1982).

Como cabía esperar, el Centenario se convirtió en un «torneo honorífico», donde España y los Estados Unidos buscaron la potenciación de sus respectivas influencias en los países hispanoamericanos. La posición de España, evidentemente débil en relación con los norteamericanos, buscó una mayor eficacia junto a Portugal, pero de nuevo surgió otro competidor, esta vez más cercano. Italia, recientemente unificada y necesitada de glorias, vislumbra el Centenario como una oportunidad única para exaltar al héroe común. Siendo Cristóbal Colón hijo de aquella tierra (según la opinión mayoritaria), los italianos se aprestaron a ensalzar al gran navegante (Bernabéu, 1984). En resumen, intereses contrapuestos, búsqueda de prestigio, imperialismo en boga, reafirmación nacionalista y deber histórico se dieron cita en 1892, cala a través de la cual podemos analizar la sociedad conmemorativa y sus problemas, proyectos y desafíos internos y externos⁴.

2. En esta coyuntura finisecular de proyectos, carencias, sueños y rivalidades se desarrollaron los actos del IV Centenario. Es curioso que la primera noticia que he encontrado de esta conmemoración sea una consulta del embajador norteamericano ante la reina regente María Cristina de Austria, en la

que demandaba información sobre lo que España estaba preparando para celebrar 1892. En la respuesta del 15 de julio de 1887, Segismundo Moret, ministro de Estado, indicó que todavía no se había cerrado el programa de actos, proyecto en el que sería consultado el duque de Veragua, heredero legítimo de Cristóbal Colón, pero le anunciaba las siguientes decisiones: «*Primera.-* Que España tomará la iniciativa para la celebración, de la manera más solemne, del Centenario del Descubrimiento de América en 1492. *Segunda.-* Que al efecto invitará a todas las naciones que pueblan los territorios descubiertos por Colón a que tomen parte en esta solemnidad. *Tercera.-* Que España está dispuesta, al mismo tiempo, a tomar parte en cualquiera demostración análoga que pueda verificarse en el continente americano para conmemorar el gran acontecimiento» (Bernabéu, 1987: 35). Unos meses más tarde se constituyó una Comisión del Centenario, con Práxedes Mateo Sagasta como presidente y el duque de Veragua como vicepresidente, que gestionaría los preparativos entre 1888 y 1891. Estaba compuesta por un centenar de vocales, representantes del ejército, la iglesia, los tribunales, la política, las cámaras de comercio y la cultura (Reales Academias y Sociedades Geográficas): un abigarrado conjunto que apenas pudo reunirse y ponerse de acuerdo. Sus propuestas fueron escasas: un concurso internacional para escribir una nueva *Historia de América*, otro para levantar un monumento a Isabel la Católica en Granada y un tercero para erigir un arco de triunfo en Barcelona. Frente a la ineficacia gubernamental, surgieron diferentes iniciativas de la sociedad civil y muchas protestas por parte de ayuntamientos y sociedades culturales de Huelva, Sevilla, Valladolid y Granada, que pedían mayor protagonismo de sus respectivas urbes en los actos.

⁴ Un análisis detallado de estos gobiernos en LARIO (1999). Otra obra fundamental sobre el periodo es VARELA (1977).

La segunda fase (1891-1893) está dominada por la figura del político e historiador Antonio Cánovas del Castillo, quien contribuyó decisivamente a la celebración del Centenario, creando una Junta más reducida y eficaz que la primera Comisión de 1888. La dotación del Gobierno se incrementó de las 600 000 pesetas del período 1889-1891 a cerca del millón y medio del año siguiente. Cánovas reorientó la conmemoración hacia temas culturales, principalmente en torno a las exposiciones y los congresos, principalmente en Madrid, e impulsó la concentración de los actos centrales de 1892 (agosto y octubre) en la provincia de Huelva. Junto a Antonio Sánchez Moguel, fundador de la Sección de Historia del Ateneo madrileño, y el marino e historiador Cesáreo Fernández Duro, impulsor de la revisión histórica del descubrimiento de América, fue la figura más importante del IV Centenario. En buena parte de los actos, la presencia del político malagueño fue imprescindible por su saber y sus famosas dotes de orador. «Cánovas, que no era joven, al cual abrumaban entonces las responsabilidades del Poder, podía pronunciar ante varios, difíciles y doctos auditorios, en poco espacio de tiempo, varias oraciones elocuentes y doctrinales» (Francos, 1927: 83). A ellos se les unirían posteriormente Juan Valera, Emilia Pardo Bazán, Marcelino Menéndez y Pelayo, Emilio Castelar, Luis Vidart, Pi y Margall y un largo etcétera de personalidades de la vida cultural y política de la España finisecular.

3. Convencida de estar viviendo un momento histórico, la España de finales del siglo XIX se dispuso a festejar la efeméride a pesar de la escasez de fondos. Durante los preparativos del Centenario (1888-1891) se produjo una importante mutación en el objeto de éste. Iniciado como Centenario de Colón, en el que predominaba una visión romántico-religiosa del Almirante, fue poco a poco deslizándose a un Centenario

del Descubrimiento de América, de contenido más amplio, en el cual se incluía a los gestores y compañeros de la empresa colombina, y se consideraba el viaje de 1492 como el cenit de un proceso iniciado por los portugueses en los albores del siglo XIV. Un tercer Centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo tuvo su origen en la polémica suscitada entre los dos primeros y vino a acentuar el contenido del segundo, además de ampliar las temporalidades a celebrar y las temáticas a discutir, exponer o divulgar. Este cambio se reflejó en los contenidos de los congresos y las exposiciones, pues el concepto de «descubrir» un Nuevo Mundo se podía aplicar tanto a las primeras culturas humanas como a las sociedades contemporáneas y sus progresos, como se demostró en la Exposición Universal de Chicago de 1893.

En esta precisión del contenido del Centenario a celebrar tuvo un protagonismo decisivo la labor del marino e historiador Cesáreo Fernández Duro (Bernabéu, 1990). En 1875 y 1880 había dedicado ya sendos artículos al aniversario de la muerte de Colón y a la conmemoración de la partida de las naves colombinas del puerto de Palos, pero fue a partir de 1883, con su obra *Colón y Pinzón. Informe relativo a los pormenores del descubrimiento del Nuevo Mundo*, presentada a la Real Academia de la Historia, cuando inició su gran labor crítica de la época del Descubrimiento. Contrario a la visión romántica que predominaba de Cristóbal Colón, censuró el libro de Roselly de Lorgues, que gozaba de gran popularidad, y, frente a un Centenario personalista, señaló en un popular artículo que: «España habrá de enaltecer entonces primero y ante todo a España, por aceptar la gran empresa, para la cual las otras carecían de aptitud y arrojo; a los Reyes Católicos, representantes de su unidad, árbitros de la iniciación del viaje; a los monjes de la Rábida y los magnates que elevaron

hasta las gradas del trono al extranjero de la capa raída, zaherido de loco, a los marineros de Palos que pusieron en sus naves vidas e intereses» (Fernández, 1883: 12). Con gran decisión, Fernández Duro apoyó la candidatura de Huelva como sede principal de las solemnidades centenarias, iniciando una campaña para conseguir el apoyo institucional y gubernamental. Para don Cesáreo, La Rábida era el verdadero símbolo del Centenario del Descubrimiento de América a conmemorar y criticaba, en consecuencia, la celebración de un centenario «personalista» y dividido en múltiples sedes.

El escritor Francisco Barado, seguidor de los mismos postulados, comentó en *La Vanguardia* que: «Comparar a la Rábida cuando de celebrar se trate el centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, con Granada, con Barcelona o con Valladolid será siempre un delito de lesa historia; postergarla y olvidarla en tal circunstancia es un crimen de lesa ingratitud [...] Anteponer esas ciudades, que no representan más que casuales detalles del hecho que se ha de conmemorar, a aquellos que constituyen el principio, los medios y el fin del acontecimiento, eso no puede callarse sin acusar el agravio» (Barado, 1890). En 1891, Fernández Duro ganó el certamen literario convocado por la Sociedad Colombina Onubense con una memoria titulada *Juicio crítico acerca de la participación que tuvieron en el descubrimiento del nuevo continente los hermanos Pinzón, condiciones bajo las cuales tomaron parte en la expedición y causas que motivaron la separación de Martín Alonso* (Sociedad Colombina, 1891: 1-74), que terminaba con los versos «Por España halló Colón, Nuevo Mundo

con Pinzón», y en donde defendió el papel fundamental del marino paleño en la organización y desarrollo del viaje colombino, desterrando la leyenda de su hostilidad y envidia. Para Fernández Duro, América no se habría descubierto sin Martín Alonso Pinzón y sus compañeros.

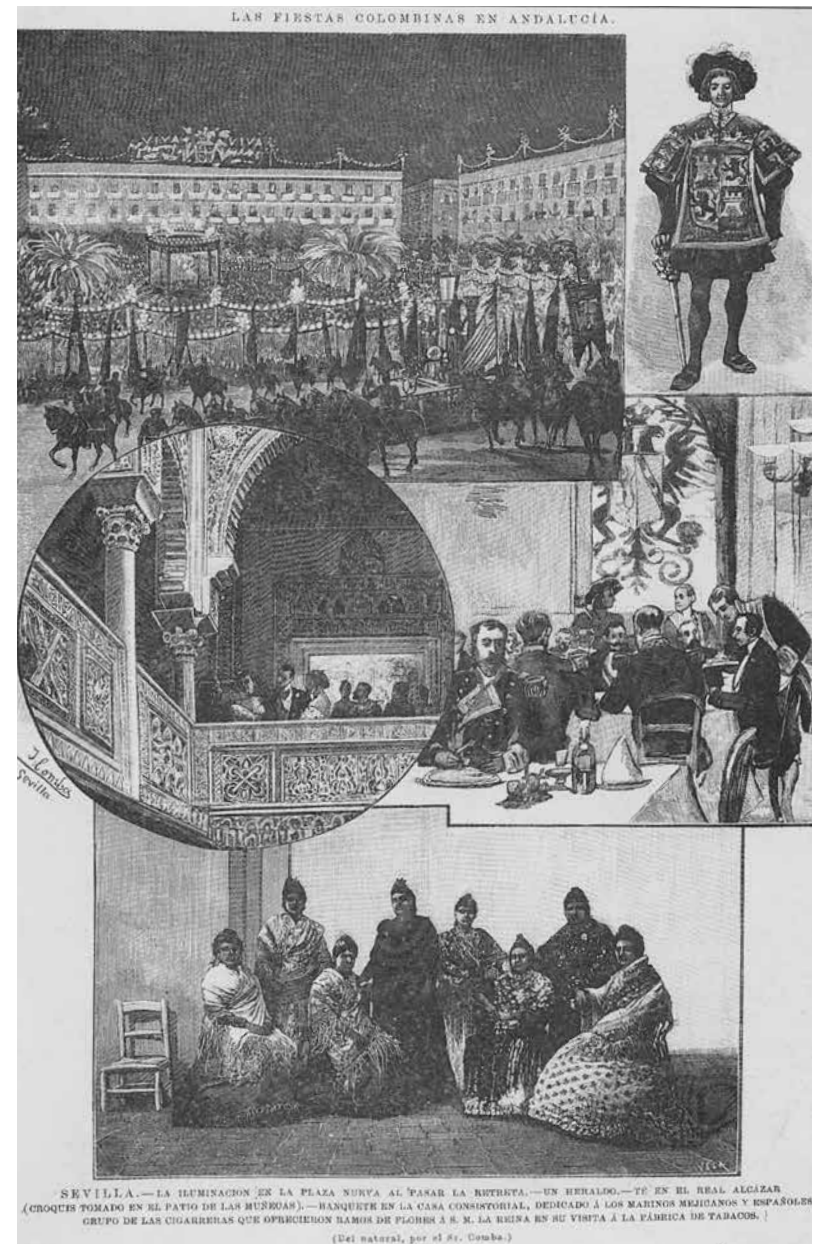
4. Como ya he señalado, la elección de Huelva, y en especial de Palos de la Frontera y La Rábida, como marco para conmemorar el IV Centenario durante el mes de octubre, amén de aprovechar las fiestas de agosto que venía realizando la Sociedad Colombina desde su fundación en 1880, tuvo como gran defensor al líder conservador Antonio Cánovas del Castillo, quien señaló en el real decreto de creación de la Junta del Centenario que: «es imposible desconocer que Huelva, con su inolvidable aunque modestísimo Monasterio de Santa María de la Rábida y su vecina playa, más bien que puerto, de Palos de Moguer, donde Colón halló asilo, alientos, recursos y hombres que le acompañasen y secundasen, partiendo de allí asimismo las primeras naves que directamente arribaron al Nuevo Mundo, merece de parte del Gobierno singular atención» (Pando, 1892: 209).

Las peticiones de Huelva, centradas principalmente en la reconstrucción del monasterio –para lo cual se demandaron 150 000 pesetas– y la inauguración de un monumento conmemorativo, apoyadas por otros políticos, escritores y periodistas, fueron finalmente atendidas, de modo que si los festejos de agosto tuvieron un marcado carácter naval, destacando la réplica de la nao Santa María⁵, las conmemoraciones

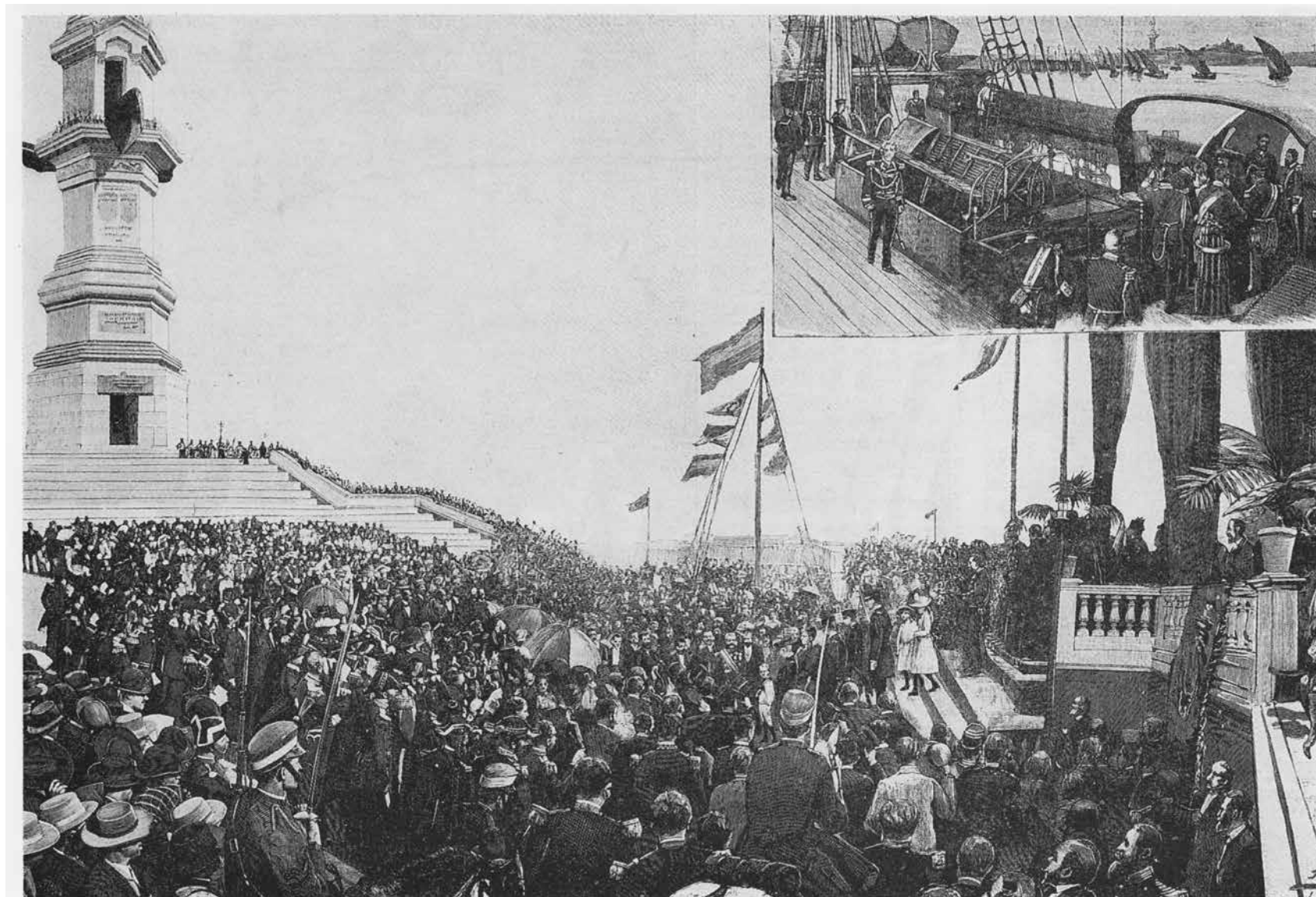
5 La protagonista de la fiesta naval de agosto en Huelva fue, sin duda, la Santa María, es decir, la reproducción realizada por la Armada de la nave capitana de Cristóbal Colón. Su figura se convirtió en el símbolo del IV Centenario, apareciendo en grabados, carteles, programas y miles de artículos de recuerdo que el mercantilismo decimonónico puso a disposición del visitante. Aunque los estudios acerca del histórico barco habían comenzado ya en los años anteriores, fue la petición norteamericana de modelos para construir la histórica nave lo que decidió al Gobierno español, por decoro patrio, a reproducir la nao capitana en tamaño, forma, aparejo y otras particularidades (MONLEÓN, 1891).

oficiales del 12 de octubre de 1892 se dispusieron en torno al periplo de Alfonso XIII y la reina regente, doña María Cristina de Austria, por diversas ciudades andaluzas. En este viaje, decidido a finales de 1891, se pueden diferenciar dos etapas (Bernabéu, 1986). Durante la primera, del 7 al 13 de octubre, el niño-rey y su madre, acompañados por la princesa, la infanta Teresa y numerosos acompañantes, visitaron Sevilla, donde la comitiva real pernoctó el día 8, para llegar a Cádiz al día siguiente, donde se les ofreció un *Te Deum* en la catedral y recepción en la Casa Consistorial. De madrugada, embarcaron en el crucero Conde de Venadito con destino a Huelva, a cuya ciudad arribaron el día 10 en medio del entusiasmo popular para presidir las ceremonias del aniversario del Descubrimiento. La segunda etapa se desarrolló del 13 de octubre al 4 de noviembre. Durante ese tiempo, la familia real se detuvo en la ciudad de Sevilla a causa de la enfermedad del rey.

Pero volvamos a las conmemoraciones centrales. El 10 de octubre, la familia real desembarcó en el muelle de La Rábida, donde el arzobispo de Sevilla cantó un *Te Deum* en el mítico monasterio franciscano, antes de que Alfonso XIII, su madre y acompañantes volvieran al crucero Conde de Venadito para pasar la noche. El martes 11 de octubre, María Cristina de Austria desembarcó en la ciudad de Huelva para visitar la iglesia de la Concepción y, a la una de la tarde, se trasladó con sus hijos al salón de la Diputación, donde tuvo lugar una solemne recepción a todas las autoridades presentes. Finalizada, la familia real tomó asiento en una tribuna de la plaza de la Merced para contemplar una procesión cívica y, a su finalización, de nuevo la reina sola presidió la sesión de clausura del IX Congreso Internacional Americanista, que se había inaugurado el 7 de septiembre con la presencia de



«Las fiestas colombinas en Andalucía». *La Ilustración Española y Americana*, 8 de noviembre de 1892.



Llegada del Yate Real "Conde Venadito" a la Rábida.—S. M. la Reina Regente con sus augustos hijos dirigiéndose a inaugurar el monumento.
Inauguración del monumento conmemorativo del Descubrimiento de América, en la Rábida.

167 congresistas españoles, 114 europeos y 36 americanos, entre ellos algunos de los investigadores más prestigiosos del momento, como el barón de Nordenskiöld, Lucien Adam, Guido Cora, Ricardo Palma, Desiré Pector, Manuel María Peralta, Coello y Quesada, Gustave Hellmann, Ernesto Restrepo Tirado y la condesa de Ouvaroff, presidenta de la Sociedad de Arqueología de Moscú.

A las once de la mañana del 12 de octubre de 1892, el Conde de Venadito trasportó a la familia real hasta el muelle de La Rábida, escoltado por numerosos barcos invitados al IV Centenario. Tras el recibimiento oficial, el rey, su madre y otros acompañantes asistieron a la inauguración del gran monumento al Descubrimiento de América en la explanada contigua al convento de La Rábida. Consistía en una gran columna de 62,5 metros de altura, dividida en tres cuerpos, que diseñó el arquitecto Ricardo Velázquez Bosco⁶. Tras exponer el presidente de la Sociedad Colombina los grandes esfuerzos de la ciudad para llevar a buen término el programa del Centenario y la bendición del arzobispo, la familia real volvió al interior del convento, donde la reina regente firmó los siguientes decretos: proyecto de ley para declarar fiesta nacional el aniversario del Descubrimiento, autorización de residencia en La Rábida a favor de la orden de San Francisco, concesión del Toisón de Oro al duque de Veragua, tratamiento de excelencia a las ciudades extremeñas en las que nacieron Hernán Cortés, Núñez de Balboa y Francisco Pizarro, recompensa al arquitecto restaurador Ricardo Velázquez, al ingeniero Molini y a algunos de los almirantes de las escuadras extranjeras y, por último, cinco indultos de

pena de muerte. El 13 por la mañana, la Regente y sus hijos abandonaron Huelva con destino a Sevilla.

En la capital bética se volvieron a repetir los festejos con pocas innovaciones: retretas militares, recepciones, funciones de gala, inauguraciones, visitas culturales, etcétera. La reina María Cristina también recibió a los prelados asistentes al Congreso Católico, inaugurado el día 18 de septiembre en la iglesia de El Salvador. La enfermedad del rey aplazó las conmemoraciones de Madrid y Granada. En esta última ciudad, el desistimiento de la Corte de presidir la inauguración del monumento de Benlliure dedicado a la reina Isabel, enviando a tres ministros en su representación, provocó una oleada de disturbios y dimisiones, entre ellas la del alcalde. El incidente fue criticado por los republicanos y algunos periódicos liberales, que vieron la forma de ensombrecer la labor de Cánovas.

5. Aparte de Andalucía y Extremadura, las principales ciudades impulsoras de las celebraciones del IV Centenario fueron Madrid y Barcelona, urbes muy activas en ciclos de conferencias, congresos y exposiciones, así como en la impresión de gran número de libros, folletos, revistas y periódicos, ya que en ellas se encontraban las sedes de las principales asociaciones y casas editoriales. De todos los eventos, hay que destacar la labor de los Ateneos condal y madrileño, que patrocinaron importantes ciclos de conferencias (Conferencias, 1892). También los periódicos y revistas confeccionaron números monográficos, muy demandados por los lectores. Álbumes, catálogos, guías de la ciudad, biografías por entregas

⁶ El primer cuerpo lo constituía el basamento con la escalinata, el segundo era de forma hexagonal con las proas de las naos colombinas y el tercero era una columna, que remataba un globo terráqueo, una corona y una cruz. El monumento se labró en mármol blanco de las canteras de Fuente Heridos (Huelva).

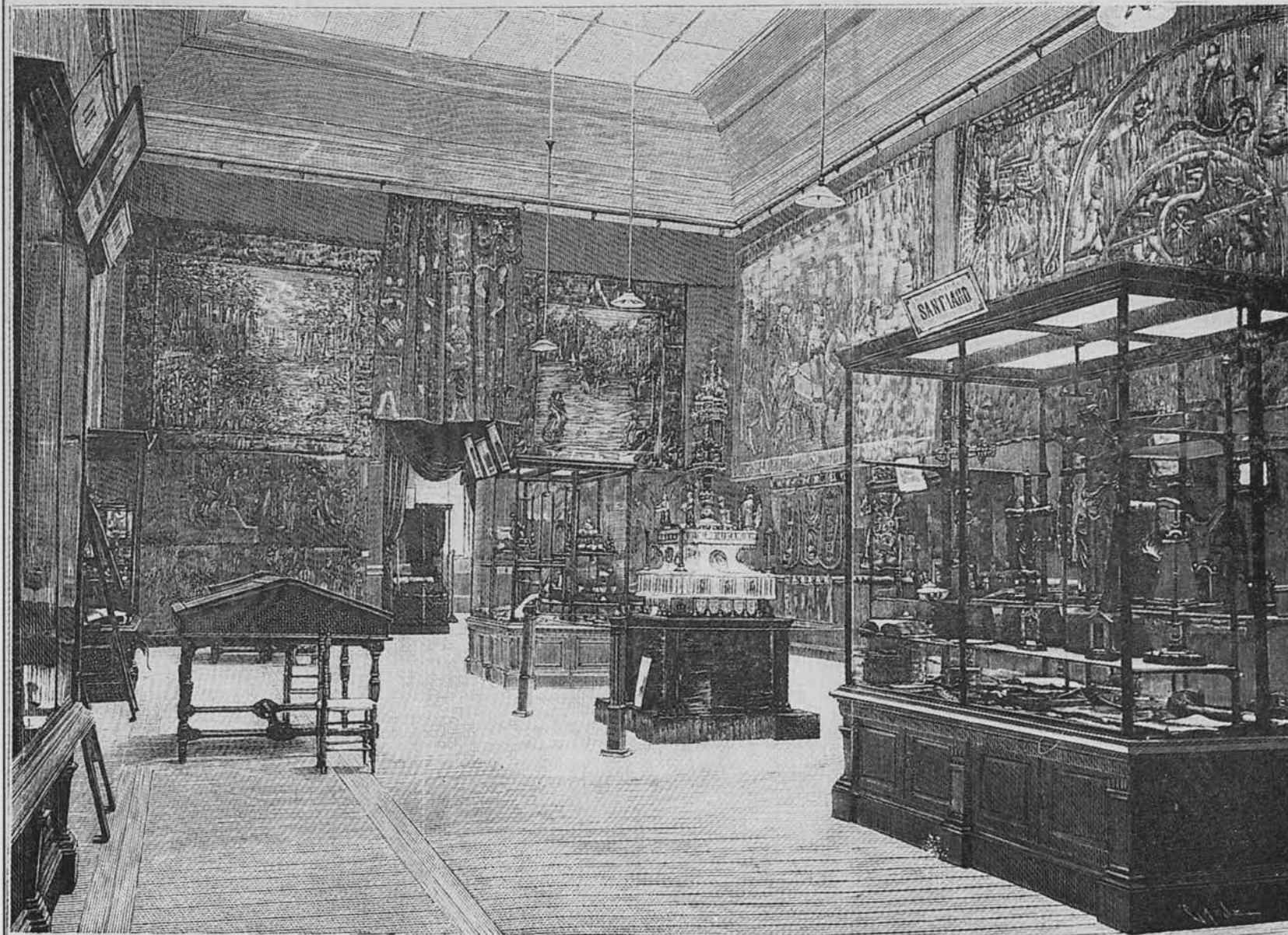
y poemarios dedicados al descubrimiento completaron la literatura popular generada por la conmemoración de 1892. Para una minoría erudita, las editoriales prepararon sesudas ediciones de las crónicas de Indias, biografías de Colón y de sus compañeros, estudios de las culturas prehispánicas, monografías sobre los países americanos y antologías literarias, que formaron una rica y amplia «Biblioteca del Centenario». El presidente del Ateneo de Barcelona, José Yxart y Moragas, señaló en la presentación de un tomo donde se recogían varias conferencias pronunciadas en la institución condal:

«La lista, sólo la lista de obras de estos últimos años sobre la bibliografía colombina y el descubrimiento, es hoy interminable: un verdadero catálogo de inmensa biblioteca. Con sólo pasar los ojos por él, ocurre esta paradoja: ha llegado a ser más interesante que el mismo hecho histórico que se celebra y discute, el modo y forma de celebrarlo a fines de nuestro siglo, el carácter que ha tomado el pensamiento y estado de la sociedad actual con ocasión, mejor dicho, con pretexto del Centenario. Entre tantos hechos como podrían citarse, indicaré aquí uno sólo, innegable, ocurrido en todas partes con los mismos caracteres: la profunda, la radical división entre los hombres en el modo de apreciar el valor del descubrimiento y la persona del descubridor» (Conferencias, 1893: 10-11).

El IV Centenario fue la feria de la reedición, el convite del folleto y la fiesta de los «colones» por encargo o a la carta. La industria editorial, con un mercado en expansión y una sociedad de lectores en aumento, aprovechó la ocasión para llenar las librerías, las revistas y los periódicos con trabajos que aludían a Cristóbal Colón y a la empresa descubridora. Pero gran parte de ellos habían sido escritos muchos años antes y estaban superados en sus visiones. Las viejas biografías convivieron en los estantes con las novedades, y sus datos y enfoques inspiraron nuevos artículos de avispados periodistas, sin contribuir al avance real del conocimiento.

La biografía colombina perdió claridad y novedad, por lo que se hizo necesario un análisis historiográfico, que esbozó con gran acierto Marcelino Menéndez y Pelayo en un minucioso trabajo donde separó el grano de la paja (Menéndez, 1892: t. II, 433-454; t. III, 55-71). Aunque parezca de Perogrullo, hay que recordar que ni Marx fue marxista, ni Cristo cristiano, ni Colón colombino, y que es necesario descubrir cómo se construye la imagen histórica de un personaje, trámite imprescindible para conocer su recepción en una determinada sociedad. La idea de una construcción está íntimamente ligada a nuestra condición de seres históricos, a la conciencia clara de que no existen discursos neutros ni apolíticos, y que cada época ha tenido una paleta de visiones del personaje que han coexistido con tantas debilidades y fortalezas como el resto del pensamiento social (Hartog y Revel, 2001). Y junto a los textos, las imágenes y los sonidos también van a ser protagonistas del Centenario, desde docenas de marchas, cantatas, óperas y romanzas a composiciones para piano, que se intercalaban con las poesías en numerosos recitales que se organizaron a lo largo y ancho de la península, además de las posesiones ultramarinas.

Con el rey y la reina madre en la Corte, los festejos se ampliaron. Desde finales de septiembre se sucedieron numerosos actos culturales, congresos, exposiciones, una gran cabalgata, conciertos, funciones de teatro, recitales poéticos, corridas de toros, retretas, etcétera. Los actos oficiales se multiplicaron con la llegada de los reyes de Portugal, que confirieron al Centenario un carácter ibérico. Sin embargo, estas visitas reales no impidieron que Madrid se librara de los incidentes. El 31 de octubre, concentradas numerosas personas en el paseo de Recoletos para disfrutar de una sesión de música, se desató un motín por la suspensión del acto. Los descontentos



EXPOSICIÓN HISTÓRICO-EUROPEA DE MADRID.—SALA SEXTA: OBJETOS PRESENTADOS POR VARIAS CATEDRALES.
(De fotografía de D. José de Madrazo.)

quemaron el escenario y se dirigieron en manifestación a la vivienda del alcalde. Tras la dimisión del gobernador, marqués de Bogaraya, contrario a la política realizada por el Ayuntamiento, dimitió el alcalde Bosch y Fustegueras, siendo sustituido por el marqués de Cubas. Sin duda, los centenarios son espejos de la sociedad que los conmemora, y se han convertido en radiografías privilegiadas para conocer la política, la sociedad y las corrientes culturales de la época.

6. Los congresos y las exposiciones fueron uno de los capítulos más interesantes del IV Centenario. En total fueron once (Americanista, Pedagógico, Geográfico, Jurídico, Mercantil, Militar, Literario, Africanista, Librepensador, Espiritista y Católico), a los que hay que añadir otros dos proyectados (Oriente y Médico). El más importante de todos fue el Americanista, inaugurado el 7 de octubre de 1892 en La Rábida. En Madrid se había celebrado años antes, en 1881, el IV Congreso, pero en esta ocasión, por lo simbólico de la fecha, se reunieron en Huelva buena parte de los mejores americanistas del momento, como ya señalamos. Y en cuanto a las exposiciones, hay que destacar la EHA⁷, inaugurada oficialmente el 12 de noviembre de 1892 junto a una segunda EHE⁸, que ocuparon las salas del recién inaugurado Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales, situado en el paseo de Recoletos, y que quedó como uno de los edificios más importantes del IV Centenario. El 3 de febrero de 1893 se realizó un banquete de despedida en honor de los delegados americanos, siendo las colecciones llegadas del Nuevo Mundo sustituidas por una EHNE, motivo principal de esta publicación electrónica.

Las exposiciones de Madrid, sin duda las más importantes del Centenario, se diseñaron para comparar la situación de América a la llegada de los españoles y la de Europa: es decir, la de los descubridores y la de los descubiertos. En la EHA, cada país dispuso de una o varias salas para exponer sus colecciones. A pesar de lo heterogéneo de las mismas, la reunión de tantos objetos, desde Groenlandia al Cabo de Hornos, logró impactar a los visitantes, que admiraron desde los objetos cotidianos a joyas de gran valor, como el Tesoro de los Quimbaya, que el Gobierno de Colombia regaló a la reina regente. Como nota significativa, hay que señalar que se realizaron varias campañas arqueológicas expresamente para la exposición.

La EHE fue un antecedente de las exitosas Edades del Hombre, pues se reunieron numerosas piezas de las diócesis españolas, junto a las colecciones de nobles, diplomáticos y hombres de negocios, que presentaron el estado de la cultura en torno a 1492. Muchas de estas piezas se mostraron al público por primera vez y, unidas, tuvieron un gran poder didáctico.

Junto a ellas, se celebró una gran exposición internacional de arte, al coincidir el IV Centenario con la Exposición Nacional de Bellas Artes, participando artistas de Francia, Austria, Portugal, Inglaterra, Brasil, Baviera, Rusia, Bélgica, los Estados Unidos y Suecia. El objetivo inicial fue realizar un estudio comparativo de las diversas escuelas artísticas que dominaron en el siglo que se terminaba, pero, no alcanzándose este deseo por falta de tiempo y presupuesto, la muestra

⁷ Para datos sobre los países participantes y las principales colecciones, ver BERNABÉU (1987: 97-101).

⁸ Esta exposición fue ideada por Cánovas del Castillo ante la dificultad de reunir otra que mostrase los productos económicos e intelectuales de las repúblicas hispanoamericanas. Su fin fue exponer un gran conjunto de objetos históricos realizados por las naciones de la península, desde que empezaron a formarse hasta la época de los descubrimientos. La exposición quedó abierta desde el 12 de noviembre de 1892 al 30 de junio del año siguiente (BERNABÉU, 1987: 101-102).

sirvió para descubrir las nuevas tendencias artísticas que se abrían paso a final de la centuria. Así, junto a los cuadros de los pintores consagrados, como Goya o Fortuny, y de la escuela histórica, como Eugenio Álvarez Dumont, que presentó *La muerte de Churruca en Trafalgar*, se expusieron obras de clara inspiración naturalista o realista, destacando *La cuna vacía* de Menéndez Pidal o *La ropa* de Ruiz Guerrero, junto a la *Huelga de obreros de Vizcaya* de Vicente Cutanda.

Las imágenes plásticas fueron muy importantes en 1892, ya que se convirtieron en el vínculo entre la sociedad y la historia, entre el Centenario y los vecinos. Para una sociedad analfabeta, los cuadros, las esculturas, los relieves y los monumentos adquirieron un gran valor para dar el mensaje. Y estos se multiplicaron gracias a las litografías, los grabados, las monedas conmemorativas y las reproducciones fotográficas en libros, postales, revistas y periódicos. En ellos hay una tendencia moderna a reproducir imágenes sin más, aprisionando los principales acontecimientos de los meses centenarios, y a concentrar la historia colombina en unas cuantas escenas, que se repiten hasta la saciedad y que siguieron las viejas leyendas a pesar de haber sido desmentidas por la crítica histórica. Estas imágenes alimentaron una celebración popular, partidaria de los actos festivos, callejeros y musicales, y de congregarse a ver a Colón en los escaparates de las tiendas de ultramarinos en lugar de acudir a las sesudas exposiciones que ocuparon el actual edificio de la Biblioteca Nacional y del Museo Arqueológico Nacional.

7. En la calle, el pueblo siguió identificando la conmemoración de 1892 con las fiestas dedicadas al navegante genovés y con las personas que le ayudaron en su empresa, principalmente los Pinzones y los Reyes Católicos. Andrés

Corzuelo se hacía eco de la fiebre mercantilista extendida por todo el país: «Ha de contar usted con que la industria no se duerme en las pajas y no se acerca usted a un escaparate donde no provoque su atención un artículo elaborado en honor del insigne genovés. Hay caramelos de Colón, bizcochos Colón, mazapán Colón y salchichón Colón, que es ya llevar las cosas a la exageración. Ayer todo a Peral, hoy todo a Colón, mañana Dios dirá. Un industrial ha tenido una idea feliz. Ha fabricado unos bustos de Colón con chocolate y ha llenado el escaparate con este letrero: Colones a 0'50» (Corzuelo, 1892).

No hay duda que la mayoría de la población española identificaba el Centenario con Colón, y que los debates de los historiadores, escritores y periodistas apenas interesaban. Por el contrario, tienen gran éxito los festejos, ver a los protagonistas de los descubrimientos en cabalgatas y desfiles, bailar, disfrutar de los fuegos artificiales y de las retretas militares. Y en estas celebraciones, salvo en puntos concretos como Huelva y Sevilla, no hay sino desilusión por la diferencia entre las promesas de grandes acontecimientos y la estrecha realidad que vivieron. En la revista *Blanco y Negro* apareció la siguiente poesía: «Habemos venío/ Allá desde lejos/ Y tos con el pío/ de ver los festejos. Y es mucho trabajo/ No verlos jamás/ Ni arriba, ni abajo/ Ni adelante, ni atrás./ Si toas las funciones/ Son cohetes y tracas/ ¿Pa qué cartelones/ Ni pa qué alharacas?/ De haberlo sabío/ ¡Voto a Colón!/ No hubiera salío/ de Villamelón» (Anónimo, 1892). El carácter cultural de *El Centenario*, que imprimió Cánovas, también fue objeto de sátiras, como la titulada *El Centenario en Valdepitorro*, imaginaria villa donde se inauguró una estatua a Colón con una bota de vino en la mano; y se premió a las tres mejores memorias que versasen sobre los temas: «El café



Paso de la Cabalgata Histórica por la Puerta del Sol.

que les gusta a los hombres, ¿es efectivamente el caracolillo?», «Las viudas de los guacamayos, ¿tienen derecho a la viudedad?» y «¿Es cierto que Pinzón abusaba de la horchata de chufas». Además, Valdepiñero festejó el centenario con una gran cabalgata donde desfilaron: Colón y su familia, los Reyes Católicos, Pilatos a caballo, Fernando VII, el pendón de Castilla, la imagen de San Roque y una pareja de la Guardia Civil (Bernabéu, 1987: 166-167). La realidad no fue muy distinta de la ficción, pues en la cabalgata histórica que se celebró en Madrid, los chulapos de la Villa, disfrazados de indios, inventaron dos frases célebres: «Véte a hacer el indio a otra parte» y «Que te den dos duros», pues esa fue la paga por salir en la cabalgata «haciendo el indio»⁹.

8. Llegados a este punto, creo que las realizaciones del IV Centenario, en un año de crisis y con escaso presupuesto, fueron muy interesantes, entre otras cosas, porque el gran esfuerzo en congresos, exposiciones, conferencias y escritos en general permitió que cientos de personas supiesen algo más sobre la historia y la geografía del continente americano. Quizás gran parte de los dieciocho millones de españoles vieron 1892 como el año del «salchichón Colón», pero también conocieron más cosas sobre su vida y su obra, y esta función didáctica es, finalmente, el objetivo principal de todo centenario.

Por otra parte, el IV Centenario ayudó de forma notable a impulsar y consolidar las relaciones con Iberoamérica y a esbozar un futuro común. Durante los meses de 1892 se inventaron y rediseñaron numerosas imágenes, símbolos,

mitos y ceremonias para plasmar «la comunidad de pueblos hispánicos». Nunca como hasta entonces se preocupó la sociedad española de conocer América y de construir «un mundo ibérico». Durante muchos años, la conmemoración quedó en la memoria colectiva de varias generaciones de españoles, que guardaron los periódicos y publicaciones de 1892 o recordaron los actos a los que asistieron en memorias y diarios. Además, el interés hacia todo lo americano, que se extendió por la península, fue el cimiento tanto del americanismo universitario como de la dimensión cultural de la política exterior del siglo xx. En un magnífico artículo, el profesor José Carlos Mainer resaltó la dimensión hispanoamericana del regeneracionismo español finisecular, doctrina que movilizó a un grupo importante de escritores y políticos, muchos de los cuales participaron activamente en los fastos del IV Centenario (Mainer, 1977: 149-203). En su conjunto, hay que considerar las celebraciones del 92 como el primer intento global de analizar el estado y los problemas de las relaciones culturales, sociales y comerciales de España con las naciones hispanoamericanas.

¿Todo ello hubiera ocurrido sin el Centenario? Posiblemente, pero hubiera costado más tiempo y esfuerzos. Las conmemoraciones de 1892 sirvieron para recordar y popularizar la hazaña colombina y sus colaboradores españoles, y para que los diferentes lugares «americanistas» festejaran a sus personajes locales: misioneros, descubridores y conquistadores, pero también científicos y benefactores indios. Es cierto que los artículos y editoriales de prensa de la época muestran la desilusión popular por la diferencia entre la publicidad y

⁹ La cabalgata histórica fue ideada por el dramaturgo Javier de Burgos y puesta en la calle por Jorge Busato, escenógrafo del Teatro Real, en cuatro composiciones: *Boabdil*, *Franciscanos de La Rábida*, *Las tres carabelas* y *Los Reyes Católicos* (BERNABÉU, 1987: 70).

los eventos, entre las promesas de grandes acontecimientos y la sobria realidad que vivieron muchos españoles. A pesar de ello, hubo cientos de festejos en todo el país y las autoridades se esmeraron por ofrecer a los vecinos alguna novedad en los programas habituales de celebraciones locales. En lo que están de acuerdo la mayoría de los que vivieron los largos meses de 1892 es en la multiplicación de los escritos, las conferencias, los congresos y las exposiciones que trataban de los pueblos y naciones de América. Se generalizó la necesidad de recordar lo que fue el pasado español del continente, de rehacer la memoria histórica para superar la postración del presente y abonanzar el futuro. Finalmente, desde los más variados sectores sociales, surgieron numerosas voces y proyectos que pidieron el fortalecimiento de los lazos y la recuperación de una posición de liderazgo en el mundo latino. Deseos que, como un mantra, se volverán a repetir en el siglo xx... y en el xxi.

Bibliografía

- ABAD, O. (1989): *El IV Centenario del Descubrimiento de América a través de la prensa sevillana*. Sevilla: Publicaciones de la Universidad de Sevilla.
- ÁLVAREZ, J. (2001): *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus.
- ANÓNIMO (1892): «Coro de forasteros», *Blanco y Negro*, n.º 77, 23 de octubre de 1892, p. 680.
- BARADO, F. (1890): «Centenario de Colón», *La Vanguardia*, n.º 1570, 2 de septiembre de 1890.
- BERNABÉU, S. (1984): «El IV Centenario del Descubrimiento de América en la coyuntura finisecular (1880-1893)», *Revista de Indias*, vol. XLIV, n.º 174, pp. 345-366.
- (1986): «El Viaje Real por Andalucía durante el otoño de 1892», en *Andalucía y América en el siglo XIX*. Sevilla: CSIC, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, pp. 3-13.
- (1987): *1892: El IV Centenario del Descubrimiento de América en España*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- (1990): «Cesáreo Fernández Duro, americanista», *Cuadernos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, n.º 6, pp. 49-56.
- CONFERENCIAS (1892): *El Continente Americano. Conferencias dadas en el Ateneo de Madrid sobre el Descubrimiento de América*. Madrid: Rivadeneyra.
- (1893): *Conferencias leídas en el Ateneo de Barcelona sobre el Estado de la Cultura Española y particularmente la catalana en el siglo XV*. Barcelona: Hénrich.
- CORZUELO, A. (1892): «Un poco de Colón», *Blanco y Negro*, 9 de octubre de 1892, p. 87.
- FERNÁNDEZ, C. (1883): *Colón y Pinzón. Informe relativo a los pormenores del descubrimiento del Nuevo Mundo*. Madrid: Tello.
- FRANCOS, J. (1927): *Cuando el rey era niño. De las memorias de un gacettillero, 1890-1892*. Madrid: Imprenta de J. Morales.
- HARTOG, F., Y REVEL, J. (2001): *Les usages politiques du passé*. Paris: École des Hautes Études en Sciences Sociales.
- LARIO, Á. (1999): *El rey, piloto sin brújula. La Corona y el sistema político de la Restauración, 1875-1902*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- MAINER, J. C. (1977): «Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo (1892-1923)», en *VII Coloquio de Pau. De la crisis del Antiguo Régimen al franquismo*. Madrid: Edicusa, pp. 149-203.
- MARCILHACY, D. (2010): *Raza hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración*. Madrid: CEPC.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, M. (1892): «De los historiadores de Colón», *El Centenario*, tomo II, pp. 433-454; y tomo III, pp. 55-71.
- MONLEÓN, R. (1891): *Restauración hipotética de las carabelas de Cristóbal Colón*. Madrid: Imprenta de Infantería de Marina.
- NORA, P. (dir.) (1997): *Les Lieux de mémoire*. Paris: Gallimard Quarto, 3 vols.
- PANDO, J. (1892): *El Centenario del Descubrimiento de América*. Madrid: Imprenta de Ricardo Rojas.
- PEIRÓ, M. (1995): *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- RAMA, C. M. (1982): *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*. México: FCE.

RODRIGO DEL BLANCO, J. (2013): «Antropología americana y museos estatales españoles: pasado, presente y ¿futuro?», *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 43, n.º 1, pp. 175-195.

SÁNCHEZ, J. (1991): *El IV Centenario del Descubrimiento de América en Extremadura y la Exposición Regional*. Mérida: Editora Regional de Extremadura.

SEPÚLVEDA, I. (1988): *La Unión Ibero-Americana, 1884-1936*. Madrid: UNED.

– (2005): *El sueño de la madre patria: hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid: Marcial Pons.

Sociedad Colombina Onubense. Memoria correspondiente al año de 1891 (1891). Huelva: Imp. y Lit. de la Viuda e Hijos de Muñoz, pp. 1-74.

TUSELL, J., y PORTERO, F. (1998): *Antonio Cánovas y el sistema político de la Restauración*. Madrid: Biblioteca Nueva.

VARELA, J. (1977): *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración, 1875-1900*. Madrid: Alianza Editorial.